

Un filósofo en época de cambios

El pensamiento de David Hume

Marcos Winocur

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

En música como en matemáticas, en pintura como en filosofía, ser genio y adelantarse a su tiempo suele resultar un mal negocio, según podrá apreciarse de cuatro casos ocurridos entre el siglo XVIII y el nuestro, época de profundas transformaciones históricas.

Bizet estrenó *Carmen* —la ópera más popular del mundo, la más representada, llevada varias veces al cine, paradigma del éxito—, sin pena ni gloria, muriendo tres meses después víctima de una crisis cardíaca provocada por lo que Bizet consideraba su fracaso.

Cantor, hoy reconocido como el abanderado de una moderna revolución en matemáticas, vio bloqueado su acceso a una cátedra de prestigio a raíz de sus ideas científicas y murió tras veinte años de depresión nerviosa que requiriera de largos periodos de hospitalización.

Y qué decir de Vincent van Gogh, uno de cuyos cuadros fue vendido hace un par de años en la suma más alta que jamás alcanzara pintura alguna, algo así como ochenta millones de dólares; y que en vida no logró vender ni un cuadro, a pesar de los esfuerzos de su hermano Théo, que a la sazón se ocupaba de ese negocio. El hoy celeberrimo pintor acabó suicidándose, ya tocado por el dedo de la locura.

No menos conocido en filosofía y en ciencias en general, es David Hume, a partir de cuyas ideas el pensamiento moderno, con Popper, dio un salto adelante. Y, como en los otros casos, triste resulta su historia per-



David Hume (1711-1776).

sonal: Hume, ampliamente reconocido *post mortem*, en vida no pasó de un fracasado o, cuanto más, de ser tolerado, muy lejos de las propias justas expectativas.

No siempre ha sido así, piénsese en un Darwin o un Picasso —para citar dos ejemplos relevantes, uno en ciencia y el otro en arte—, conviviendo con la fama. Pero el fenómeno de desen-

cuentro entre un hombre y su tiempo, amerita la mención que tiene algo de reparativo. Del último de los nombrados, el filósofo inglés David Hume (1711-1776) y de su época de cambios radicales, nos ocuparemos en las páginas que siguen. Lo nuevo se precipita dejando a la gente descolocada, sujeta a lo viejo sin advertir que las ideas heredadas han caducado. Cambios que, avisorados por algunos visionarios, los colocan en la traumante situación de incomprensidos cuando no objetos de burlas y desdén.

Hume, Kant y Einstein

El pensamiento de Hume ha sido —como de la poesía decía un bardo español— “un arma cargada de futuro”. Dio en el blanco, todavía en el siglo XVIII, nada menos que en la cabeza del filósofo Emmanuel Kant, quien, dos años después de aparecida su obra capital, *Crítica de la razón pura*, lo refiere en 1783 en su *Prolegómenos*: gracias a Hume había despertado de su adormecimiento dogmático y dado a sus investigaciones en el campo de la filosofía especulativa una dirección totalmente distinta, así se expresa Kant.



Pero no es todo. El pensamiento de Hume vuelve a dar en el blanco un siglo más tarde ya no en la cabeza de un colega, sino... ¡de Albert Einstein! El más grande físico de estos tiempos, el autor de la teoría de la relatividad, el científico que apreciaba las luces llegadas desde el campo teórico por excelencia, el de la filosofía, escribe a otro físico, Max Born, según se lee en su *Correspondencia* (1918): “Hume, antecesor de Kant, poseía un instinto más seguro que éste, aunque empiezo a comprender, leyendo los *Prolegómenos*, la enorme fuerza de sugestión de Kant” —así se expresa Einstein.

El físico, apreciando a los dos filósofos, prefería Hume a Kant, es decir, el Hume en estado puro y no el Hume reelaborado por Kant.

Si en vida el filósofo inglés hubiera podido ver el futuro que correría su obra... No siendo así, cayó en la ansiedad y en la subsecuente depresión. Y así, luego de comprobar el vacío en que había caído su obra fundamental, el *Tratado de la naturaleza humana*, cuenta: “pensé que contribuiría mucho a mi tranquilidad y podría ahorrarme mortificaciones, el que me retirara al campo mientras el éxito de la obra permaneciera indeciso”. Pero de nada valió la terapia pues a renglón seguido Hume concluye amargamente: “Siento decir que así permanecerá por mucho tiempo”.

Y esto lo confesaba un joven de 27 años, de genio innato. Y ese “por mucho tiempo” de éxito indeciso o, más bien, de destierro de su obra, habría de prolongarse por toda la vida del autor mientras él, consciente de su necesidad de sentirse gratificado cuanto antes por sus contemporáneos, se disculpaba: “Los autores disfrutan de ese privilegio, igual que los amantes”. Pero no él, amante no correspondido por la fama.

Hume no sabía ya qué hacer. Envío copias de su libro a los estudiosos de la época. Propició críticas en periódicos y en publicaciones especializadas. Y pensando que tal vez su obra fuera poco menos que inaccesible por su indole abstracta, escribió un *Resumen* de divulgación. Nada dio los resultados apetecidos. Y así pudo concluir en otra carta: “Estoy de mal humor conmigo mismo

y sin duda dentro de poco con todo el mundo, como otros autores fracasados”.

Causalidad y experiencia

Y bien ¿cuál fue el original pensamiento de Hume que pasó inadvertido a sus contemporáneos? Fue su concepción sobre la causalidad como fundamento de las relaciones, a las cuales da un contenido de conexión necesaria. Así, unos fenómenos originan a otros; los primeros se llaman causas, los segundos reciben el nombre de efectos. Hasta aquí, nada de nuevo, conocemos las causas por los efectos y no a la inversa. Y es aquí donde Hume da su golpe: siendo así, nadie puede conocer la causa antes de percibir el efecto, es decir, éste no puede ser previsto por más experiencias similares que repetidamente lo hayan producido en el pasado.

Porque cada experiencia es inédita en sí misma, los sentidos carecen de poder para excluir los imponderables que harán que la próxima produzca un efecto distinto. Los imponderables... creo que en la sabiduría popular siempre han estado presentes. Voy a dar un ejemplo familiar. Cada vez que mi abuelita se proponía algo, no olvidaba de agregar: “si Dios quiere...” Pues, en efecto, la voluntad del Todopoderoso, así convocada, podía garantizar los resultados pues para Él los imponderables no corren. Para nosotros, pobres humanos, nos queda: apostar a la probabilidad. Pero no a la razón. La experiencia no es fuente de lógica y, en consecuencia, nada puede garantizar. “La cuestión —comenta Kant en sus *Prolegómenos*— no residía en si la noción de causa era justa pues esto jamás se le había ocurrido dudarlo a Hume, sino si ha sido concebida por la razón *a priori*.”

Y sin embargo —agregaba Hume y constataba Kant— la noción de causa, además de justa, es útil e indispensable a la ciencia y, en general, a todo conocimiento natural. Porque, se diría, no nos queda de otra: apostar a lo probable; y así, de acierto en acierto y de error en error, levantamos las civilizaciones. Y, con más frecuencia de lo que nos gustaría, sucede lo imprevisto. Voy a dar ejemplos actuales, que tanto hacen a la ciencia

como a la política. La progresión de los armamentos nos hacía pensar en el paso del fusil a la ametralladora o del cañón disparado en tierra al artefacto dejado caer desde el aire... mas nada indicaba la bomba atómica, salto que deja atrás todos los pasos anteriores, sin excluir la aparición de la pólvora pues genera lo inédito: la capacidad del hombre para acabar consigo mismo, para suicidarse como especie. Otro ejemplo: la caída de la URSS. Ninguna experiencia anterior la hacía suponer, escapando hasta último momento a las previsiones de los analistas políticos.

¿Quiere decir que no existe la lógica? Nada de eso, pero reconoce otras fuentes, no la experiencia. Y los hombres, hijos del hábito, para quienes la costumbre es una segunda naturaleza, como decía Aristóteles, nos quedamos pasmados cuando ocurre lo impredecible, cuando continuamos dando respuestas ya inútiles porque las preguntas mismas han cambiado con el paso de una época a otra.

Conclusiones

Hemos dado dos ejemplos contemporáneos. La bomba atómica, donde lo imponderable de la experiencia resulta la energía nuclear: ignorada, su manipulación haría dar el des-

comunal salto en la producción de armamentos pasando de laboratorios pioneros a preocupación número uno de los gobernantes. Y, segundo ejemplo, la caída de la URSS, donde lo imponderable de la experiencia consiste en contradicciones no resueltas y ocultas bajo apariencia armónica. Esto, en el panorama contemporáneo. Pero así también en tiempos de Hume, operándose rupturas donde los hombres se habían conformado a la continuidad.

En efecto, cabe agregar a manera de conclusión que el carácter autónomo de la casualidad no escapa a la Historia. Y ésta, al igual que en cada una de las ciencias, tiene sus específicas razones para "sorprendernos". La Revolución Industrial del siglo XVIII, gestada en Inglaterra bajo los ojos de Hume, demandaba de una mayor fuente energética, y ésa fue la caldera a vapor. Hasta llegar a su perfeccionamiento, el proceso tecnológico produjo una gama de experiencias con una meta propuesta y finalmente lograda.

Es el siglo XVIII de David Hume. El siglo de la independencia de las trece colonias americanas y de la Revolución Industrial, prolegómenos de la Revolución Francesa de 1789. Nada de esto podía leerse en la mentalidad dominante del mundo feudal cuando se encontraba en su apogeo. Nada de esto era anunciado por las experiencias históricas de entonces, y sin embargo ellas trabajaban en ese sentido. En esos términos el siglo XVIII fue de "sorpresas" inaugurando una nueva racionalidad (capitalista) cuya lectura sólo pudo emprenderse *a posteriori*.

Así, triunfaban las ideas de Hume sin que sus contemporáneos, ocupados en hacerse ricos, lo advirtieran. Toda experiencia es inédita y autónoma. En suma, una lección para no olvidar y donde la propia vida del filósofo inglés es ejemplo: incomprendido por sus contemporáneos, su sólida teorización nos llega hasta hoy. Porque la fama en vida debió ser el corolario a su obra, y él así lo supuso y esperó. Y cuando, ya desaparecido, su nombre parecía olvidado, otro filósofo, Kant, lo rescató para que en la posteridad, y no antes, fuera creciendo. La experiencia, pues, se ríe de las previsiones de los hombres y teje sus propias lógicas.



Emmanuel Kant (1724-1804).